

El amor, de Bécquer acá

Por José CANAL

VIVIMOS tiempos nuevos. En realidad, no hay modo de vivir otra cosa puesto que siempre vivimos lo actual, que por fuerza, es nuevo. El tiempo se nos muere a cada paso y se va quedando tan enterrado y solo como los muertos de Bécquer.

Por todo, mejor sería decir que vivimos estos tiempos con nueva mentalidad, lo que no quiere decir, ni por pienso, que vivamos con mentalidad mejor.

Nueva mentalidad en todo: en la estimación de cosas y personas; en modos y maneras; en tiempo y distancias... en el amor; también en el amor.

Lo cierto es que, como sucede siempre, todo arranca y tiene su asiento en el modo de entender la vida y lo demás no son sino reflejos e irisaciones de esa luz primera que hemos encendido dentro de nosotros mismos con más o menos destellos, con mayor o menor ángulo de giro, según la altura y potencia del faro de cada cual.

Importa mucho también el combustible con que alimentamos la llama de esa lámpara, que nunca será tan puro, ciertamente, que no deje residuos deleznales, pero que puede ser tan malo que casi todo él no sea sino boñiga.

A cualquiera poco avisado parecerá que, hoy como nunca, los carburantes con que proveemos nuestro motor son tan poderosos y eficaces que no se concibe nada más perfecto. Si con atención nos

detuviéramos un momento a meditarlo, advertiríamos que apenas son deflagrantes que producen un destello vivísimo y deslumbrador que nos deja ciegos para ver lo que realmente importa.

Los derechos del hombre, la libertad, la sinceridad, el diálogo, la protesta... palabras sonoras porque tienen mucha caja de resonancia, como que están huecas y más vanas que nuez de pega. Conceptos muchas veces, antinómicos que casan como gato y perro y producen a cada paso eso que hoy se llama situaciones conflictivas, a nivel de pareja y a desnivel de continentes.

Pero no nos habíamos propuesto escribir un tratado de sociología, economía ni política, cuestiones por demás enrevesadas que exigen conocimientos superiores a nuestra poquedad.

Lo cierto es que pretendemos hacer un ligero estudio comparativo del amor a lo becqueriano con el de nuestros días, y quizá nos hemos perdido un poco en preámbulos y divagaciones, aunque puede que no tanto como parece aparentar a primera vista.

Porque es caso que, de acuerdo con esas ideas que apuntamos más arriba, la concepción del amor —nos referimos, claro está, al de hombre y mujer— se ajusta a nuevas formas y maneras si no es que a nuevos sentimientos y estímulos.

La juventud entiende que vale ser sinceros, naturales, libres de prejuicios y, por supuesto, —suprema conquista— del tabú del sexo. Y, como suele ser propio de la adolescencia, entiende estos conceptos a ultranza, con lo que propende a la animalidad, sin remedio.

El amor así pierde misterio y pudor y, aunque de momento parezca satisfacer plenamente, a la postre, y no tardando mucho, sacia e insatisface, defrauda muchas veces y nunca colma.

Hoy suenan absurdos los versos:

«por un beso ..
yo no sé qué te diera por un beso»

porque no hay que dar nada por ello; a lo más, lo que cuesta un *cu-
ba libre* en cualesquiera cafetería de esas.

El amor se ha prostituido, no porque ahora se permitan mayores licencias de tipo sensual, que en todo tiempo las hubo, más o menos, sino porque esas licencias eran antes dadas con tremendos sacrificios, con mucho amor y, como consecuencia, en misteriosa intimidad. Hoy se regalan generosamente, a la vista de cualquiera y aun con procacidad, tal y como es costumbre en los prostibulos; hoy a ti y mañana al vecino.

Qué le importará a una linda mocita la melancólica y dolorida amenaza:

«... aquellas que aprendieron nuestros nombres, esas, no volverán».

ni quien será el pánfilo que se moleste en amenazarla con tales sutilezas si a la vuelta de la esquina tiene otro hombre con el que formar pareja.

A qué asombrarse estremecido por «el amor que pasa» ni para qué perder el tiempo en susurrar junto al oído de la hermosa: «Poesía eres tú». ¡Qué bobadas!

No, no vamos a detenernos a exponer los males y trastornos físicos y síquicos que estos hechos acarrea; no queremos hablar de estadísticas de suicidios juveniles ni, menos, de las desviaciones sexuales que pueden tener aquí su origen. Los siquiátras lo saben muy bien porque tienen mejor abastecida cada día su consulta a expensas de tales pacientes. Pero nada de eso interesa a nuestro objeto. Entre otras cosas porque entendemos que, a mucho tardar, de modo natural ha de producirse el remedio.

Porque sucede que, a pesar de todo, Bécquer sigue cotizándose y sus versos se venden y se leen y se sienten. Conmueven todavía, aunque muchas veces se busquen a escondidas y se lean poco menos que clandestinamente para no parecer *demodé*, y todavía seducen y cautivan.

Alguien dijo que la mujer se enamora por el oído y tengo para mí que dijo con mucha verdad. Y la poesía de Bécquer tiene riquísima melodía y la tendrá siempre; como la mujer será siempre mujer, por mucho que las cosas cambien, y es claro que, aunque ahora escondido, guarda tierno y sensible, hondo y generoso un corazón nacido para el amor, no para el lupanar.

Sus gracias y encantos externos no son más que el señuelo con que Dios la adornó para procurar la atracción precisa al acercamiento. Pero el que no llega más allá de los sentidos habrá conseguido bien poco. Y habrá defraudado a su pareja por mucho que crea haberla estremecido de placer.

Bécquer tiene la aguda intuición de una misteriosa realidad oculta a los sentidos o, mejor, más allá de los sentidos, preñada de honduras y riquezas; incensario donde se queman las más aromáticas resinas de lo humano. Y adivina que allí está la felicidad. Pero para llegar a este íntimo recinto hay que dejar afuera mucho lastre, es preciso renunciar a mucho, como que hay que darse entero.



Rima

XXI

¿Qué es poesía? -dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul.

¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?

Poesía... ¡ERES TÚ!

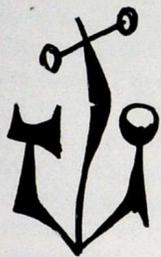
Gustavo ADOLFO BECQUER

Hoy nadie quiere renunciar a nada y, como consecuencia, nadie se aviene a dar nada. Recordemos la siniestra frase de Oscar Wilde: «¡Nada de felicidad! Lo que queremos es placer».

Bécquer lo entendió de otro modo y por eso lo cantó en poemas que perduran. En esas Rimas que, gracias a Dios, todavía deleitan y conmueven a muchos jóvenes. El descarrío de ahora no es más que eso, un confundir el camino.

Estoy seguro, vivo en la esperanza de la vuelta a los buenos senderos. Ahí están para demostrarlo los dulces ecos de los poemas becquerianos, y el que a todo provee para bien de todos.

Sí. Ya veréis cómo «amanecerá Dios y medraremos».



Muchacha muerta

(Sistema filosófico)

Un ciprés con sombra de metal.

Una vereda,

dura,

enarenada de silencio.

Una tumba

—una tarde—,

una lápida blanca

—tu nombre—,

una foto en óvalo esmaltado:

María de la Paz.

El recuerdo hecho herida

con la luz de la tarde

bajo tu nombre

—María de la Paz—

clavado en el mármol,

y tus ojos de esmalte amarillo,

heridos,

sollozantes,

en la sombra angustiada del ciprés.

Nada:

Aquella muchacha de veinte años

que yo ví una mañana de lluvia,

tosiendo,

en la antesala de un médico.

Julio CENDAL